

Los peces también mueren es el segundo cuento narrado por una voz de adulto. Cuenta la historia de Carolina, una niña a la que el papá le regala un pececito para compensar la llegada de un nuevo hermanito. Carolina llama al pez Arturo y se encariña mucho con él. Un día el pececito amanece muerto y los papás se ven ante el problema de explicarle a la niña la muerte. Finalmente, la niña termina comprendiendo mejor el asunto que los adultos.



La construcción de personajes resulta por momentos estereotipada. Los personajes parecen encarnar una idea general de la infancia, mas carecen de una psicología y una voz propias. El personaje de Anabel, quizá por estar presente en la mayoría de los cuentos, es el único que alcanza a constituir una identidad significativa. Los demás, cliché por regla general, son una aproximación parcial de la narradora al universo infantil. Aunque el formato pequeño del libro, y las pequeñas imágenes que acompañan cada página favorezcan la idea de que se trata de un libro para niños, el contenido de los mismos, los finales abiertos, la mirada más bien amarillista hacia la infancia —palizas, violación, pobreza, soledad, temor y sufrimiento—, lo alejan definitivamente del público infantil. A un público adulto el libro le evocará la infancia, y quizá se preguntará por la relación entre el universo infantil y el universo de los adultos. La atmósfera que cae en melodrama en casi todos los cuentos es, sin duda, la mayor falla del libro; sin embargo, se reconoce en

la autora un intento por construir un universo poblado de imágenes infantiles sugestivas, a través de un lenguaje claro y conciso.

CARLOS SOLER



Baccanerías

Crónicas casi históricas

Ramón Illán Bacca

Ediciones Uninorte, Barranquilla,
2.ª edición revisada y aumentada, 2007,
165 págs.

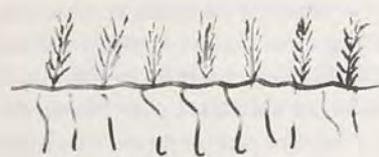
Tijeras fue el instrumento que, en principio, utilizó Ramón Illán Bacca para dar forma a la segunda edición de sus *Crónicas casi históricas*. Haciendo una comparación “indicial” —algo tiene que quedarle al lector de la especial forma de buscarle la caída a cada palabra para darle ese giro humorístico que caracteriza el estilo del autor samario en cualquiera de los frentes en los que se ha batido: la literatura, el periodismo y la investigación histórico-literaria—, hallo que, en esta edición, han desaparecido nueve crónicas.

En compensación, Bacca ha añadido toda una sección al libro, inicialmente compuesto de cuatro, denominada “Casi veinte años después...”, así como un prólogo personal —anteriormente sólo aparecía el de Germán Vargas, de título también indicativo, por cierto: “Entre lo barroco y lo chévere”—, que me ha permitido fundamentar estas líneas sin mayores contratiempos.

Así, con respecto a la extracción de las crónicas aludidas, Bacca explica que lo hizo porque “no habían resistido el paso implacable del tiempo” (pág. xiii). Fijándome en tres de las prescindidas con respecto a la edición de 1990, “¿Qué pasó en el 48?”, “El rey David” y “El nadaísmo en Barranquilla”, reconozco que, en efecto, los temas aludidos en cada una —el nueve de abril de 1948, la fama de Sánchez Juliao y las desave-

nencias de los nadaístas— se han desteñido con el transcurrir de los años, mas no así la factura de los textos, los cuales son una patente ratificación del consabido adagio latino *ars longa vita brevis*.

Esto porque, a pesar de haber sido obviadas, también a estas crónicas es posible aplicarles la frase que sincera y llanamente cierra el prólogo del autor: “puedo confesar que en todos estos escritos están los elementos de candor y asombro que me despiertan lo implacable y hermoso y también las múltiples miradas bizcas que me suscitan lo convencional e impuesto” (pág. xiv). Esas dos impresiones visuales, candor y asombro hacia lo extraordinario y “miradas bizcas” para lo establecido, aparecen de manera alterna en los distintos asuntos que han merecido la atención de Bacca a lo largo de los más de treinta años que los han propiciado.



No son, sin embargo, el prólogo, los tijeretazos y el quinto apartado, las únicas novedades de esta edición. Estas “baccanerías” —permítaseme llamarlas así en honor a su estilo fresco, vivaz, descomplicado y, por supuesto, al obvio onomástico del escritor que las ha concebido— han sido enriquecidas también con pertinentes ilustraciones caricaturescas de Alberto Sierra, que anteceden a cada una de las cinco sesiones y con el registro de las fechas que, al final de cada crónica, indican la fuente en que fueron publicadas por primera vez. Es así como se puede reconstruir, a partir de esas fechas, el periplo periodístico del autor en publicaciones como *Diario del Caribe*, *El Tiempo*, *El Heraldo*, *Huellas* y *El Malpensante*.

En cuanto a su contenido general, el tema obligado es la literatura, campo en que el autor, aparte de al-

gunas recurrencias en personajes como Germán Vargas, Marvel Moreno y García Márquez, a quien, por cuestiones de honor literario más bien ajeno, aún no ha conocido, prefiere referirse a libros o escritores casi siempre extranjeros, ya olvidados y no necesariamente canónicos, pero que impactaron en un momento de su historia personal o nacional. Asimismo, otros objetos y objetivos de las miradas cándidas y bizcas de Bacca son el cine de los años cincuenta y sesenta, la música de esa misma época, ciertas manifestaciones de la cultura popular (el cómic, la radio, el carnaval, los reinados, el mito de Gaitán), así como el destino histórico de las principales ciudades de la región (su natal y rezagada Santa Marta, su amada, anti-histórica y bulliciosa Barranquilla, la Cartagena aún amurallada, donde, hasta los espías son objetos de leyenda y ese siempre vivo monumento a la peste del banano llamado Ciénaga).

Lo anterior no obsta la presencia de algunos motivos cosmopolitas concebidos a partir de la visión que propician los filmes y los libros: París y Berlín, por ejemplo, dan lugar a crónicas elaboradas con un cariño sustancial, no exento, sin embargo, de un necesario humor autocrítico. De modo concreto, al referirse al mito de conocer la Ciudad Luz, característico de los intelectuales latinoamericanos, el cronista evoca con nostálgica sorna el París de sus películas:

Los que nos quedamos aquende el océano vivíamos el París del Trópico de Cáncer, cantábamos las canciones de Edith Piaff y de Jackeline François, y disfrutábamos cuando en una de las secuencias de Las Nieves del Kilimanjaro Ava Gardner se aproxima a Gregory Peck y le pide lumbre. Ava dice entonces: "Salgamos de aquí que este sax me está matando". Y cuando salen se encuentran frente a un Notre Dame "como de película". A los nostálgicos de París, en ese instante nos faltaba la respiración. [pág. 102]

Por todo lo propuesto, "casi veinte años después" de su primera aparición en libro, no cabe más que suscribir la sabia apreciación de Germán Vargas al explicar la peculiaridad de estas crónicas en el ámbito del periodismo colombiano:

En una prensa tan seria, tan solemne como la colombiana, en la cual muchos de los llamados humoristas son apenas chistosos, el humor de Ramón Illán Bacca se destaca por su gracia singular, por su cabal eficacia, mediante la cual logra que en el lector se dibuje una sonrisa que le invade toda la cara. [pág. x].

Eso sí, reiterando mi apunte respectivo, me atrevo a sugerir un nuevo rótulo que, si bien no desvirtúa el prólogo del indiscutible maestro del grupo de Barranquilla, sí pueden precisar su intención expresiva: las crónicas de Ramón no se hallan "Entre lo barroco y lo chévere", son, simple y llanamente, "baccanerías".

ANTONIO SILVERA
ARENAS



Sexo crónico

¿Sex o no sex?

Alonso Sánchez Baute
Planeta, Bogotá, 2005, 196 págs.

A primera vista no es fácil definir qué llama más la atención entre la curva de la carátula o el título que parafrasea la frase más famosa del teatro universal. Tanto la curva como el título le dan paso a un libro de crónicas alrededor del sexo en Colombia, sin afanes científicos, estadísticos o de encuesta. Según el autor, las doce crónicas que componen este libro pretenden "ampliar el conocimiento—en la medida de lo posible— de lo que actualmente sucede en Colombia alrededor de este vedado y vetado tema" (pág. 13), aclara, además, que las cró-

nicas carecen de cualquier juicio moral por parte suya. Y claro, si de hacer crónica moralista se tratara mejor no recurrir a Alonso Sánchez Baute, ganador del Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá 2002, precisamente con una novela que a cualquier moralista sonrojaría y a los menos moralistas quizá divirtió con el humor y el desparpajo del inolvidable Edwin Rodríguez. La historia de *Al diablo la maldita primavera* también se centra alrededor del tema del sexo, pero a través de los ojos de un personaje gay al que no le tiembla la lengua para criticar a sus congéneres.



Para aproximarse a esta nueva publicación el lector debe dar por hecho que las crónicas que va a leer son reales. Deberá abordarlas creyendo en lo que se le cuenta. Aunque los nombres de los protagonistas hayan sido cambiados, porque al autor no le "interesa que la reflexión recaiga sobre un nombre concreto" (pág. 15) y, por lo tanto, el origen de las fuentes no sea del todo claro, las precarias herramientas de credibilidad que tiene el lector podría encontrarlas en las historias mismas; se dan nombres de lugares concretos de la ciudad, como bares, lugares de cruce o intercambio sexual, prostíbulos, entre otros. Por otro lado, debe acercarse a su manera a las crónicas, ojalá sin prejuicios de ningún tipo, pues están escritas de una manera sincera y directa. Y aunque se trate de personas que hablan acerca de su intimidad sexual sin eufemismos, tampoco encontrará pornografía u obscenidad. Se trata de crónicas con un lenguaje directo, pero que no choca.